



## LOS TRES MOSQUETEROS

Mario Lillo acerca a los jóvenes lectores esta obra fundamental de Alejandro Dumas. La novela relata las aventuras del joven D'Artagnan, que viaja rumbo a París para convertirse en mosquetero. D'Artagnan junto a sus inseparables tres amigos: Athos, Porthos y Aramis, sirven al rey Luis XIII y enfrentan a su primer ministro, el cardenal Richelieu, y a sus agentes Milady de Winter y el conde de Rochefort, para resguardar el honor de la reina Ana de Austria.

*Para disfrutar de la lectura llevando la obra a fotonovela, proponiendo la fabricación de vestuario, escenografía, adaptación de diálogos, actuación, fotografía y edición. Pueden utilizar las ilustraciones para hacer teatro de sombras o títeres de palito. Hagan puestas teatrales de diferentes capítulos. Busquen las frases que más gustaron de cada uno de los mosqueteros y diseñen escudos con ellas.*



## LOS TRES MOSQUETEROS



Adaptación para jóvenes lectores de  
**MARIO LILLO**  
ILUSTRACIONES: IÑAKI ECHEVERRÍA

## CAPÍTULO I

### TRES REGALOS DEL PADRE DE D'ARTAGNAN

**A**quel lunes de abril de 1625, el pueblo de Meung entró en gran pánico y desconcierto, las mujeres huían a la calle mayor, y los niños lloraban en el umbral de las puertas, muchos se colgaron la coraza y cargaron con inseguridad su mosquete, dirigiéndose a la hostería *El Molinero Libre*. Allí se pudo comprender semejante alboroto. Un joven... vamos a hacer su retrato, pensemos en Don Quijote a los dieciocho años, la cara larga y morena, los pómulos salientes, signos de astucia, mirada abierta e inteligente, nariz aguileña, demasiado alto para ser un adolescente, demasiado bajo para ser un adulto, vestido con un desteñido jubón de lana. Si no hubiera sido por su larga espada y su pelo erguido cuando cabalgaba, muchos lo hubieran confundido con el hijo de un granjero. Sin



embargo, el joven tenía un caballo muy extraño que causaba admiración: era de color amarillo sin crines en la cola, las patas hinchadas a pesar de que caminaba con la cabeza más baja que las rodillas, avanzaba ocho leguas por día. Las cualidades de este caballo estaban tan bien ocultas bajo su extraño pelaje y su caminar absurdo, que su aparición en el pueblo dejó la sensación de que su desmerecimiento repercutió en su jinete, D'Artagnan, como se llamaba nuestro joven. Él se daba perfecta cuenta de que semejante caballo le otorgaba un aspecto ridículo a su porte de caballero; por esa razón, al aceptar el regalo que le hizo su padre, suspiró profundamente. Sabía que un animal así valdría unas veinte libras. Pero las palabras que habían acompañado al regalo no tenían precio.

—Hijo mío —había dicho su padre— este caballo ha nacido en nuestra casa ya hace trece años y desde entonces ha permanecido en ella, lo cual es una razón para que lo ames. No lo vendas nunca, déjalo que muera tranquilo de vejez y, si entras en campaña, cuídalo como cuidarías a un viejo amigo. Cuando estés en la corte, cuida tu nombre de caballero que desde hace quinientos años ha sido llevado dignamente por tus antepasados. Un caballero se destaca por su valor. Entiéndelo bien:

por su valor labra un gentilhombre su camino. Quien tiembla un segundo deja escapar la fortuna que se lo ofrecía. No temas las ocasiones y busca las aventuras. Aprendiste a manejar la espada, por cualquier causa hoy debes pelear, tanto más cuanto que los duelos están hoy prohibidos, por lo tanto, se requiere un doble valor para batirse. Sólo puedo darte, hijo mío, quince escudos, mi caballo y los consejos que acabas de escuchar. Tu madre agregará la receta de un cierto bálsamo que recibió de una gitana que posee virtudes milagrosas para curar cualquier herida, como no sea en el corazón. Aprovecha todo ello y vive feliz y durante mucho tiempo. Ahora quiero hablarte del señor de Tréville, que fue vecino mío y ha tenido el honor, siendo niño, de jugar con nuestro Rey Luis XIII. Ya mayor y desde su primer viaje a París, el señor de Tréville se ha batido cientos de veces, sin contar las guerras en las que ha participado. Por eso, a pesar de las ordenanzas y arrestos, ahí lo tienes: capitán de los mosqueteros, jefe de una legión de la que el Rey hace mucho caso y a la que el cardenal teme. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos anuales. Es, pues, un gran señor.

Él empezó como tú: ve a visitarlo con esta carta y sigue su ejemplo. Con eso, el señor D'Artagnan

padre abrazó a su hijo, le colocó su propia espada y le dio la bendición.

Al salir de la habitación paterna, el joven encontró a su madre que lo esperaba con la célebre receta. Su despedida fue larga y tierna. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse firme, como corresponde a un futuro mosquetero, derramó muchas lágrimas junto a su madre.

En cuanto se puso en camino se convirtió en la copia exacta del héroe de Cervantes. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes, y D'Artagnan tomó cada sonrisa que despertaba su extraña cabalgadura por un insulto, y cada mirada por una provocación.

Recorriendo desde Tarbes hasta Meung llevó diez veces por día la mano a la empuñadura de su espada, pero esta no llegó a salir de su vaina, a pesar de que el extraño caballo amarillo provocaba muchas sonrisas en la cara de los campesinos. Así llegó, majestuoso e intacto, a aquella desdichada villa de Meung.

Ya ante la puerta de *El Molinero Libre*, D'Artagnan advirtió a un caballero de buena presencia que hablaba con dos personas. De acuerdo a su estado de ánimo quiso creer que él era el tema de la

conversación, y se puso a escuchar. Esta vez se había equivocado, no era de él de quien se hablaba, sino de su caballo. El caballero enumeraba sus cualidades, y los otros no paraban de reírse. Ahora bien, como bastaba una media sonrisa para despertar la cólera del joven, puede comprenderse el efecto que produjeron en él tantas ruidosas risas.

D'Artagnan quiso ver la cara del hombre que se burlaba de él de esa manera. Fijó su mirada en el desconocido: era un hombre de ojos negros, penetrantes, cutis pálido, nariz muy acentuada y bigotes negros, perfectamente recortados. Si bien su ropa era nueva, se veía como arrugada, como si hubiera estado dentro de una maleta. Un sentimiento instintivo le decía a nuestro joven aventurero que aquel desconocido ejercería gran influencia sobre su vida.

En el instante en que D'Artagnan fijaba su mirada en el caballero, sus dos oyentes estallaron de risa ante sus comentarios sobre el caballo. Esa burla era objeto de insulto. Convencido de ello, bajó su boina sobre los ojos y se adelantó, con una mano en su espada y la otra apoyada en la cadera.

—¡Eh! ¡Caballero! —exclamó— ¡Caballero que se oculta detrás de la ventana! Sí, usted, dígame de qué se ríe así nos reímos juntos.

El desconocido lo miró un momento más con su leve sonrisa, se retiró de la ventana y salió de la hostería para ir a plantarse delante del caballo. Su aspecto tranquilo y su actitud burlona habían redoblado la risa de sus oyentes.

Al verlo llegar, D'Artagnan sacó un palmo la espada de su vaina.

—Este caballo en su juventud debía ser como un pimpollo de oro —agregó el desconocido, sin que pareciese fijarse en el enojo de D'Artagnan—. El amarillo es un color bastante común en las plantas, pero muy raro en los caballos, por eso me he reído.

—¡Puede reírse del caballo, pero no se atreverá a hacerlo de su dueño!— dijo el joven, furioso.

—Caballero, yo me río con frecuencia, sin embargo, insisto en conservar el privilegio de reírme cuando me agrade.

—¡No quiero que nadie se ría cuando me desagrada! —exclamó D'Artagnan.

—¿De verdad, señor? —prosiguió el caballero, más tranquilo que nunca—. Pues bien: eso es completamente justo—. Y, girando sobre sus talones, se dispuso a entrar de nuevo a la hostería.



D'Artagnan no podía dejar pasar semejante insolencia, y sacó por completo la espada de la vaina y se lanzó en su persecución, gritando:

—¡Vuelva, vuelva señor burlón, porque si no lo voy a herir por la espalda!

—¡Herirme a mí! ¡Qué fastidio!

Acababa el caballero de decir eso cuando D'Artagnan le dirigió un puntazo tan furioso que, de no haber dado un rápido salto hacia atrás, es probable que hubiese sido aquella su última broma. El desconocido sacó su espada, saludó a su adversario y se colocó imponentemente en guardia.

En ese instante llegaron los dos oyentes junto al dueño de la hostería, con palos, tenazas y sartenes. Una lluvia de golpes cayó sobre el joven D'Artagnan, que se vio obligado a soltar su espada, el arma se quebró en dos partes y otro golpe, que le dio en la frente, lo derribó ensangrentado y sin conocimiento.

# ÍNDICE

<b>PREFACIO</b> .....	5	<b>CAPÍTULO XII</b> El señor Bonacieux .....	69
<b>CAPÍTULO I</b> Tres regalos del padre de D'Artagnan.....	9	<b>CAPÍTULO XIII</b> El hombre de Meung .....	73
<b>CAPÍTULO II</b> La carta .....	15	<b>CAPÍTULO XIV</b> La carta de la Reina.....	79
<b>CAPÍTULO III</b> La audiencia con el señor de Tréville .....	21	<b>CAPÍTULO XV</b> El matrimonio Bonacieux ....	87
<b>CAPÍTULO IV</b> El hombre de Athos, la bandolera de Porthos y el pañuelo de Aramis .....	27	<b>CAPÍTULO XVI</b> El viaje .....	93
<b>CAPÍTULO V</b> Los mosqueteros del Rey y los guardias del cardenal... ..	31	<b>CAPÍTULO XVII</b> La condesa de Winter.....	99
<b>CAPÍTULO VI</b> El rey Luis XIII y la intimidad de los mosqueteros.....	35	<b>CAPÍTULO XVIII</b> El baile de La Merlaison.....	105
<b>CAPÍTULO VII</b> Una intriga en la corte.....	41	<b>CAPÍTULO XIX</b> La cita.....	109
<b>CAPÍTULO VIII</b> La estrategia de D'Artagnan .....	45	<b>CAPÍTULO XX</b> Porthos.....	115
<b>CAPÍTULO IX</b> Una ratonera en el siglo XVII .....	49	<b>CAPÍTULO XXI</b> Aramis .....	123
<b>CAPÍTULO X</b> La intriga se complica.....	55	<b>CAPÍTULO XXII</b> Athos .....	127
<b>CAPÍTULO XI</b> Georges Villiers, duque de Buckingham.....	63	<b>CAPÍTULO XXIII</b> De noche todos los gatos son pardos.....	133
		<b>CAPÍTULO XXIV</b> Milady.....	145
		<b>CONCLUSIÓN</b> .....	151
		<b>EPÍLOGO</b> .....	159

